

HOMENAJE A UN MAESTRO⁽¹⁾

Carmelo Blanco Mayor

UNA facultad de Humanidades en Albacete es un lujo; una cátedra de latín y cultura clásica en estos tiempos apáticos es un hiperlujo; un profesor que haya sabido contagiar a sus alumnos su propia pasión por la cultura clásica es un archisuperlujo. Un lujo, repito y por tres veces, un lujo elevado, cuando menos, a la tercera potencia.

Pero este de las Humanidades es un lujo del que el hombre, cuando se quiere sentir a sí mismo hombre, no puede prescindir; un lujo ineludible y esencial para quienes todavía tenemos el sueño de la ingenuidad y de la libertad.

Vivimos, tal vez sin saberlo, en tierra de humanistas. Se hizo notoria nuestra tierra por un bachiller famoso, el bachiller Sansón Carrasco, asomado a las páginas de Cervantes; otro bachiller lúcido tuvimos en Alcaráz durante el s. XVI: el bachiller Sabuco y un maestro, también enamorado de las letras, también de Alcaráz, el maestro Simón Abril; muy cerca limitamos al norte con Fray Luis de León y al Sur con Quevedo.

Cuando Unamuno paseaba a la vera del nuevo instituto que Albacete se había dado para sus hijos pronunció un solemne conjuro: que esta tierra se llene de sabios bachilleres y la hagan más próspera y futura.

Hoy tenemos Universidad en Albacete, y, en este germen de Universidad, desarrolla sus afanes el Centro Superior de Humanidades. Una Facultad cuyo sentido profundo no es acumular saberes fragmentarios que se derraman hacia el fragmento y la especialización nimia: sino el cumplimiento de aquel viejo lema: «*nihil humani a me alienum puto, homo sum*». Porque soy hombre.

Hoy saludamos con gozo, presentamos con esperanza y brindamos al pueblo de Albacete la primera promoción de humanistas formados en estas aulas, con denominación de origen Albacete.

Hay en la Universidad facultades necesarias porque forman gente útil y experta, abogados, médicos, economistas, ingenieros, que son muy útiles para subvenir con sus habilidades y tecnologías a la producción de útiles. Son gente verdaderamente útil y realmente productiva,

(1) Discurso pronunciado en la fiesta de graduación de la primera promoción del Centro Superior de Humanidades de Albacete, como «*laudatio*» y despedida de D. Jesús José Rodríguez y Rodríguez de Lama, profesor de *Latín y Cultura Clásica*.

que luego se integran fácilmente en el sistema de producción, tanto mejor cuanto más productores y reproductores sean de bienes de consumo. No podemos prescindir de ellos; ¡por Zeus! los necesitamos, ¡vive Dios! Pero que no olviden al hombre.

Nosotros aspiramos a otras cosas. Aunque bien sabemos que nadie contará el número de poetas, rapsodas y soñadores, de extraños paseantes con el asombro dibujado en los ojos, de inquietos y rebeldes. Cigarras que renunciaron a ser hormigas afanadoras de grano y de oro. Cigarras siempre condenadas en el tribunal de las laboriosas, sumisas y manejables hormigas. También es verdad que los pueblos cuando tejen su historia recuerdan, junto a Galileo y Copérnico, a Velázquez y a Lorca, a Giordano Bruno y a Cervantes, a Goethe, Wagner y Nietzsche, a gente rebelde y disconforme que, enamorada de la verdad y de la libertad, dieron realce al encefalograma plano del puro consumismo y utilitarismo. Hombres todos ellos que pusieron en el eje de su vida su alta condición de hombres.

La tarea de un hombre. La más sencilla y urgente faena de un hombre es hacerse a sí mismo hombre; esa es la tarea de vivir. La vida como quehacer y como destino. Porque vivir es justamente hacer su vida y la vida de los demás, ¡que nos la dieron sin hacer! Porque hagamos lo que hagamos, radicalmente nos hacemos a nosotros mismos. Lo más importante, dice Ortega, al liar un cigarrillo o al pensar sublimes pensamientos no es, propiamente, ni el cigarrillo ni el pensamiento: lo radical es que nos hacemos a nosotros mismos: hacemos más ágiles nuestros dedos y más delicado y justo nuestro pensar. En esta tarea de hacerte y ayudar a los demás en tamaña faena has ganado, Jesús José, tu vida. «Bene vivisti».

En el Libro VI de la Eneida, cuando va a iniciar el tremendo descenso de Eneas con la Sibila al encuentro de su padre, el poeta suspende un momento el relato y clama: «sit mihi fas audita loqui». A quienes conocéis a D. Jesús José mejor que yo, a quienes habéis disfrutado el privilegio de tenerlo como maestro, como compañero, más aún como amigo, también yo os pido licencia para narrar lo que de vuestros labios he cosechado y espero que para mí sea fasto, que, al menos, no me sea nefasto, hablar con palabras ya dichas.

Cualquiera de vosotros, cualquiera de quienes habéis seguido atentamente las clases de D. Jesús José podríais, mejor que yo, dibujar su extraordinario perfil de maestro y amigo.

Os aseguro que para mí es un honor, un honor fasto y aún fastuoso, desgranar rudamente las razones por las que, hoy y aquí, la Universidad de Castilla La Mancha rinde, rendimos, este sentido homenaje a quien durante los últimos cuatro años ha dedicado sus mejores esfuerzos, su estudio y su cariño, su renovada juventud y reconocida sabiduría, a germinar futuros humanistas para nuestro pueblo y nuestras gentes.

Es un homenaje que brota desde los alumnos; ellos han sido quienes han puesto tu nombre en sus labios y han proclamado tu fama. Quisiera saberme hacer eco de otras palabras; que mis palabras fieles evoquen la palabra común que cuidadosamente he recogido de quienes tuvieron la suerte de escuchar y seguir atentamente la enseñanza de un maestro. Porque el logos particular puede ser errado, mas el logos común, decía Heraclito, va cargado de verdad. Y ¿qué es lo que literalmente he escuchado?, ¿cuáles y cuántas las palabras narradas y oídas? ¿Qué dicen los que te han disfrutado como maestro y han saboreado tus enseñanzas?

Esto es lo que he oído decir, de D. Jesús José:

- 1º. **Que sabe mucho.** Un sabio, un humanista capaz de abrir el horizonte a otras disciplinas y problemas.
- 2º. Que se cree lo que enseña y se emociona cuando habla.
- 3º. Que vive intensamente sus bien preparadas clases.
- 4º. Un hombre de mente clara y despierta que sabe enlazar el mundo clásico con los problemas e inquietudes de nuestro tiempo.
- 5º. Que guarda un cariñoso hálito de su infancia y el aura de las tierras alavesas donde vio la primera luz. Pero que se siente profundamente manchego. Y de ello presume.
- 6º. Que sabe personalizar su enseñanza: habla a cada uno de los que le escuchan.
- 7º. Una biblioteca extraordinaria: vive entre rimeros de libros por todos los rincones de la casa y su dedicación es la lectura de los libros y de la vida.
- 8º. Que necesita comunicar lo que lee. Porque, como Séneca, no puede guardar para sí lo que averigua, sino que siente prisa por comunicarlo a los demás.
- 9º. Hombre joven: de inquietudes permanentes: con ideas de sorprendente frescura.
- 10º. La sencillez de sus clases.
- 11º. Disfruta cuando el alumno participa en su discurso.
- 12º. Sabe implicar al alumno en lo que está exponiendo: hace viva la asignatura.
- 13º. Lo más importante el diálogo con los alumnos.
- 14º. **Sabe escuchar, escuchar, escuchar.**
- 15º. Pasa desapercibido.

Es lo que he oído. Una vida serena dedicada al estudio y a la enseñanza. Lector y aún Lectoral por oficio. Ejercido en la cátedra del instituto y de la Universidad, en la columna periodística, en el paseo y en el descanso.

Una vida a la busca de las raíces que todavía hoy dan sabiduría al hombre europeo; a la escucha atenta y humilde de palabras susurradas en

los albores de esta Europa raptada por Zeus y que vuelve de nuevo a ser soñada por los pueblos y las gentes. Hablamos palabras de las que ya hemos perdido la hondura, porque no conocemos el mito en que se fraguaron, ni la tragedia de la que tomaron consistencia: ya no sabemos que al septentrión habitan los triones: no miramos al cielo de la más profunda cultura donde todavía brillan rutilantes los siete gélidos triones. Contemplamos cuadros hermosos pintados por nuestros mejores genios, pero sólo vemos a los borrachos. Anclados en la superficie y la apariencia. Esclavos de la imagen fugitiva.

Hemos de verdad perdido profundidad en la mirada y en el entendimiento. Nos hartamos de actualidad porque estamos vacíos de las hondas riquezas que atesoraron los siglos. Y no comprendemos ni siquiera nuestro tiempo porque hemos perdido la memoria.

Ya sólo unos pocos, tú entre ellos, son capaces de hacer brillar chiribitas en nuestros ojos asombrados ante tanta belleza olvidada. Decía Platón que la inteligencia es Mnemosine, memoria y recuerdo, recuperación de lo olvidado en la travesía del río Leteo; no sé si hemos perdido la inteligencia pero, desde luego, hemos perdido el interés por la memoria. Tal vez no seamos dignos de ella, atareados como estamos en acumular riquezas y bienes de consumo.

A ti que vienes de tierras lejanas, de tiempos remotos, de pueblos olvidados; a ti que todavía sueñas el presente con palabras de lujo, con dioses y héroes forjadores de humanidades famosas, con atletas, dramaturgos y poetas coronados sólo de laurel y fama; a ti te digo que en estos tiempos de penuria y sombra se mide la calidad de vida por la cantidad de trastos y cacharros que un hombre ha sido capaz de acumular en su casa, y no por la grandeza de su corazón ni por su capacidad de gratuidad.

Nos has enseñado que hemos de recuperar las viejas palabras, los grandes ideales, el saber como arqueología, como logos del «arjé», del fundamento, de lo fundamental; tenemos que reconquistar la vida como Odisea, el sufrimiento como epopeya, el sentido trágico de la existencia, el sentido de la existencia como gratuidad y logro esforzado. Porque vivimos sin sentirnos vivos, sin añorar la libertad, sin soñar poemas.

Hay que volver a rescatar esas viejas y siempre actuales palabras para descubrir que un pueblo sólo puede conquistar, lo dijo Pericles, su libertad desde la libertad de cada uno de sus hombres; pero también que difícilmente se puede vivir la libertad desde la ignorancia y el olvido. Viejas palabras con extraños acentos que ya es difícil adivinar en el corazón de las tenues palabras de moda. Los grandes sabios del XIX todavía buscaban en Grecia y Roma raíces y semillas para nombrar sus nuevos descubrimientos: podían ir a buscarlas porque ellos todavía caminaban por tierra conocida. Hoy Atenas y Roma ha venido a ser la «terra ignota», abismo tenebroso y temible.

En *Ecce Homo* Nietzsche explicó «Por qué soy tan inteligente», «por qué escribo tan buenos libros». Me temo que hay una pregunta acuciando el entorno de tu alma: me temo que calladamente te preguntas: ¿a qué viene esto?, ¿por qué tanto ruido? Un tanto turbado te preguntabas conmigo, hace unos días, qué significa eso de ser padrino de una promoción, de la primera promoción, y más aún de nuestra primera promoción de Humanistas. Déjame que primero les felicite a ellos y les diga que acertaron al pensar en ti, al elegirte como su padrino. Significa nada más y nada menos que en ti han descubierto a un humanista de pro. Han encontrado en ti lúcidos horizontes nuevos, ¡que para mirar el futuro con valentía y sosiego es menester escalar las altas y heladas cumbres del pasado!

Han descubierto por tus palabras que para el hombre griego, para el hombre romano, y también para el hombre actual el destino es la excelencia, la «areté», la virtud. Llegar a ser hombre: he ahí el proyecto; buscar arriesgadamente su sentido; reinventar la dignidad del hombre a cada instante; les has mostrado las huellas casi apagadas, los ecos borrados de quienes nos precedieron en esa grandiosa tragedia de perfeccionar y reconstruir el rostro humano, los rasgos humanos del rostro del hombre. Porque el hombre, escribe Foucault, es un rostro dibujado en la arena a la orilla del mar; y cada generación ha de volver a perfilar los trazos ya desbaratados por las olas del implacable Cronos, el devorador de hijos. Perseguir la excelencia, la «areté», la virtud.

Excelencia que no consiste en hacer cosas grandes, sino en hacer con magnanimidad las pequeñas cosas de cada día. En tus palabras adivinaron una guía señera y clara. Giordano Bruno escribe, en la *Cena de las cenizas*, bienaventurados quienes encontraron en estos tiempos oscuros un guía que ilumine su camino. «Es un don de los dioses si te guían y otorgan la suerte de hacerte encontrar un hombre que no tanto estime ser un verdadero guía como realmente lo sea...»⁽²⁾.

Un guía y un maestro que no sólo ha sabido transmitir conocimientos, sino, lo que es mucho más difícil, que es capaz de suscitar la pasión por el conocimiento. Apasionado por la verdad, verdadero filósofo, que sabe contagiar su pasión y comunicar —hacer común— su entusiasmo y su noble manía. Para transmitir datos, documentos, informes, apuntes, basta cualquiera, basta con ser un mediano erudito; para eso otro, para levantar pasiones y despertar almas dormidas, para suscitar sueños y germinar inquietudes, dudas y sospechas hace falta estar previamente enamorado y poseído de lo que se hace y hacerlo con entusiasmo. Que nada grande, escribió el racionalista Hegel, se hizo sin pasión en este mundo. Saber contagiar ese entusiasmo es privilegio de unos pocos, de aquellos que han sido tocados por el numen, por la di-

(2) BRUNO, G.: *La cena de las cenizas*, Primer Diálogo, G-A 47, A112.

vinidad, por el trabajo y el estudio —que la inspiración siempre aparece en el trabajo—; es el privilegio de aquellos a quienes sus alumnos acaban llamando con orgullo maestro.

Una vida apasionadamente dedicada a presentar, quiero decir a hacer presente y urgente en la levedad de nuestros días, el espesor, la reciedumbre, la hondura de los mitos y tradiciones, de los dioses y los héroes y los hombres, con su grandeza y sus miserias, con sus dionisiacas pasiones y su búsqueda de la belleza apolínea y del cosmos; a hacer presentes, insisto, las grandes preguntas y las tenues y susurradas respuestas nunca del todo satisfactorias que, todavía hoy, a las puertas del nuevo milenio, nos acucian.

Pero eso requiere silencio y estudio callado y dedicación insistente, de forma que parezca sencillo, casi obvio, el desarrollo de una historia y de una investigación de hechos y vidas y muertes lejanas, ya. Y lo has sabido hacer sin ruido, sin alharacas, pasando silencioso, casi en zapatillas, por la vida.

Hoy Jesús José Rodríguez y Rodríguez de Lama, atleta de fondo y largo aliento, pide el relevo y lo pide con insistencia. Durante cuatro años, los más brillantes de su vida, ha sido profesor extraordinario de la Universidad de Castilla La Mancha en nuestro Centro Superior de Humanidades. En sus manos de viajero, tras larga odisea, levanta la antorcha encendida en la llama sagrada de Olimpia. Y la deja en vuestras manos, la deja enhiesta en el corazón del escudo de esta nueva Facultad universitaria: una llama esforzadamente traída del pasado para iluminar el presente y escudriñar el futuro. Una llama que es exigencia de luz, invitación al saber. El viajero puede descansar con la seguridad de que hemos entendido su mensaje: la osadía de saber. ¡Sapere aude! Ten, hombre, la osadía de atreverte con tu propio destino.

Sembrar inquietudes, suscitar sospechas, engendrar y hacer germinar preguntas y búsquedas inacabables. Que la verdad, desde Aristóteles, es la siempre buscada, «aei tsethumene». Eso has hecho. Buscar la verdad con ahínco —yo conozco tus otras fuentes secretas y tus otras metas— y entregarla gratuitamente a tus hermanos.

Por todo eso, el Centro Superior de Humanidades de la Universidad de Castilla La Mancha ha solicitado al Excmo. y Magnífico Sr. Rector para ti, humanista eximio, la primera Beca de la Universidad en Humanidades y te concede la primera insignia de oro de este Centro que se ha honrado con tu magistral colaboración y presencia.

Albacete, a 22 de mayo de 1998